

Stefano Picciano

Miguel Llobet

La biografía

Traducción de Inés Giménez Pecci

UT ORPHEUS

LB 28

ISBN 978-88-8109-501-8

© Copyright 2017 Ut Orpheus Edizioni S.r.l.

Piazza di Porta Ravegnana 1 - 40126 Bologna (Italy)

www.utorpheus.com

Tutti i diritti riservati. È vietata la riproduzione, memorizzazione o trasmissione, anche parziale, in qualsiasi forma o con qualunque mezzo, elettronico, meccanico, fotocopia, disco o altro, senza preventiva autorizzazione scritta dell'editore.

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise, without the prior written permission of the publisher.

Printed in Italy 2017 - Global Print S.r.l. - Via degli Abeti 17/1 - Gorgonzola (Mi)

Índice

| | |
|--------------------|---|
| Introducción | 9 |
|--------------------|---|

1. LA JUVENTUD

| | |
|---|-----|
| 1.1 La infancia en Barcelona..... | 17 |
| 1.2 Alumno de Francisco Tárrega..... | 30 |
| 1.3 Los primeros conciertos | 38 |
| 1.4 Por España | 50 |
| 1.5 Los años en París..... | 67 |
| 1.6 Más allá de las fronteras de Europa | 91 |
| 1.7 Los éxitos en Alemania y el encuentro con Andrés Segovia | 104 |
| 1.8 El Período americano..... | 118 |
| 1.9 Entre Europa y las Américas..... | 134 |

2. LA MADUREZ

| | |
|---|-----|
| 2.1 Apuntes para un retrato..... | 147 |
| 2.2 Los años '20 | 154 |
| 2.3 El <i>Homenaje</i> de Manuel de Falla..... | 180 |
| 2.4 «Una plenitud que no es posible superar»..... | 192 |
| 2.5 Un diálogo con Llobet..... | 201 |
| 2.6 Los años '30 | 207 |
| 2.7 Llobet en Italia..... | 221 |

| | |
|---|-----|
| 2.8 «Vuestro siempre devoto amigo...»..... | 252 |
| 2.9 La guerra civil: los últimos años..... | 258 |
| 3. CONCLUSIONES | |
| 3.1 Miguel Llobet en la historia de la guitarra | 275 |
| EPÍLOGO..... | 285 |
| APÉNDICE. Bibliografía y hemerografía | 289 |

a Elisabetta

Cuando su inmensa figura interpretativa sea debidamente estudiada, en pocos artistas como este Miguel Llobet podrán encontrarse un más intenso “calor interno” y una mayor efervescencia espiritual.

(«El Día Gráfico», 23 de febrero de 1938)



Introducción

Observando e investigando una realidad del pasado, no pocas personas deben haber percibido que a medida que se adentran en ella descubren muchas cosas, pero al mismo tiempo el horizonte se hace cada vez más amplio e ilimitado. Y cuanto más atentamente se la explora, esa realidad – como si quisiera corresponder al amor que la observa – va ofreciendo una infinidad de conexiones, referencias y posibilidades nuevas, y el camino podría continuar indefinidamente. Pero en algún momento hay que detenerse para poder ordenar y poner a disposición de otros lo que se ha encontrado.

Por eso tomé la decisión de entregar a la imprenta el “diario” de viaje que fui escribiendo. Un viaje con horizontes muy amplios, siguiendo itinerarios por lo general inéditos y desconocidos. Presento así el resultado de una investigación que duró tres años, con la clara consciencia de que todavía quedan muchos aspectos para explorar pero con la firme esperanza de que este aporte ayude a descubrir al artista catalán Miguel Llobet y reconocer el rol que realmente tuvo en la historia de la guitarra.

Comencé a interesarme por la figura de Llobet cuando era estudiante. Sentía una simpatía inmediata por este autor cuya sencillez y humildad me resultaban fascinantes, y pronto tuve también la clara impresión – cada vez más fundada cuando fui conociendo la figura del maestro – de que la historiografía no ha reconocido hasta el momento la importancia que realmente tiene en la historia de la guitarra, en cuyo ámbito se destacaban otras figuras que parecían abarcar todo el horizonte.

Así nació la idea de que sería interesante estudiar en profundidad su biografía, su obra y su herencia, y acepté

el desafío de comenzar un trabajo de investigación que no sería fácil ni breve, pero sí irresistiblemente interesante. Cuando me puse en marcha fui confirmando, a medida que avanzaba, que el camino era complejo pero reservaba muchas sorpresas inesperadas e interesantes descubrimientos, y ahora me alegro de poder ofrecerlos. Como afirma un conocido manual de guitarra, «la figura y la obra del guitarrista y compositor catalán Miguel Llobet durante mucho tiempo estuvieron cubiertas, si no por una capa de olvido, por un velo de desconocimiento que subestimó la importancia histórica del aporte del maestro catalán al arte guitarrístico». Y si bien en el mundo de la guitarra no faltaron iniciativas para reconocer a la música de Llobet el valor que le corresponde, muchos aspectos de su personalidad todavía esperaban una atención más profunda de la musicología.

Empezamos entonces a trabajar haciendo primero una detallada reconstrucción de su biografía, poco clara hasta el momento y llena de datos contradictorios, pero sobre todo para responder una pregunta apremiante: ¿cuál es el rol que realmente tuvo Miguel Llobet en la historia de la guitarra? Porque da la impresión de que diversos factores han condicionado hasta ahora la respuesta; entre ellos, por una parte, el carácter sencillo y humilde del artista (que con toda probabilidad no se dio completamente cuenta de la magnitud de su innovadora estética musical), y por otra la imponente con que Andrés Segovia concentró los contenidos del renacimiento guitarrístico del siglo pasado, oscureciendo a veces los méritos que se deben atribuir a otros.

Cuando comprendí que no había estudios profundos sobre Llobet, comencé en 2011 a reunir el material y las fuentes que permitieron elaborar este trabajo. Después realicé una primera catalogación de los documentos que había encontrado en hemerotecas italianas y del exterior, archivos históricos y colecciones privadas.

Especialmente emocionante resultó la reconstrucción, gracias a los documentos, de muchos aspectos de su vida (eventos, episodios, conciertos, relaciones...) que eran completamente desconocidos. Al ordenar las piezas del rompecabezas comprendí que cada una de ellas era un “universo” que potencialmente se podía explorar hasta el infinito, con una enorme riqueza de facetas. De esa manera se fue perfilando el itinerario de la vida del artista, no tanto en sí misma sino más bien en relación vital con el ambiente – siempre complejo y multiforme – que transitaba.

Al terminar la primera etapa de recolección de material, que duró varios meses, descubrí que tenía entre manos cientos y cientos de documentos para estudiar. Las cuatro o cinco páginas que conseguía revisar por día – aparentemente nada en comparación con la enorme cantidad de papeles amontonados sobre mi escritorio – eran el signo evidente de una dinámica que ha caracterizado todo el trabajo: cada uno de aquellos documentos era como una puerta entreabierta, y apenas cruzaba el umbral conducía, por medio de conexiones, remitos e implicaciones, hacia horizontes mucho más amplios. En fin, cada documento “decía” mucho más de lo que aparentaba en un primer momento. Cada hoja era valiosa porque suponía un aporte, quizás pequeño (un detalle, una fecha, una sugerencia...), pero siempre único. Por eso, si bien al principio estaba ansioso por “hacer hablar” todo el material recuperado, progresivamente fui asumiendo una actitud más tranquila y paciente, que favoreciera una reconstrucción lo más exacta posible. En aquellos primeros días muchas veces pensaba que toda realidad tiene esa característica: cuando más atentamente se la observa, más revela, más cosas cuenta sobre ella misma, poniendo en marcha una dinámica de conocimiento potencialmente infinita. Ocurre con un paisaje, con una obra de arte o con las personas; y ocurre con las fuentes de una investigación histórica.

Ya había redactado el primer borrador del texto cuando

surgió la posibilidad de consultar directamente el “Archivo Llobet” que se encuentra en Barcelona. Acepté con alegría y agradecimiento, porque si bien alargaba los tiempos, permitiría enriquecer significativamente el trabajo. El Archivo me ayudó a reconstruir varios aspectos de la biografía del protagonista y – yendo hacia atrás algunas generaciones – de su familia, descubrir fragmentos inéditos de su infancia y analizar con emoción los manuscritos de muchas obras. Al mismo tiempo, estando en la ciudad pude contextualizarla visitando personalmente los lugares donde transcurrió la juventud de Llobet. Todo eso me ha permitido una identificación apasionante que espero se vea reflejada en el texto.

No es nuestro propósito hacer una profundización estrictamente musicológica de las obras de Llobet. Óptimas y recientes ediciones ya encaran esa tarea; aquí intentaremos más bien presentar la génesis de las mismas en íntima relación con el relato biográfico, para conducir al lector “dentro” de la vida de Llobet y acompañarlo a observar esas obras bajo una luz más amplia y completa.

Tampoco nos proponemos elaborar una lista de datos, sino tratar de comunicar al lector la sorpresa que sintió el que escribe cuando fue reconstruyendo su biografía, no como fría enunciación de fechas y eventos sino como la historia de una *vida* – cosa mucho más compleja – que llegué a conocer un poco mejor en estos años en el plano artístico y, hasta donde resulta posible, en el plano humano.

El libro que el lector tiene en sus manos, entonces, nace de la fascinación que siempre me produjo la figura de Miguel Llobet, sumado a la convicción de que el maestro catalán, víctima de lugares comunes que hasta hoy tienden a ensombrecer su importancia, estaba esperando un redescubrimiento y una revalorización. Nace como signo de gratitud por la experiencia que pude hacer estos años y por todas las personas que me apoyaron y ayudaron a hacerla, y nace a pesar de algunas arbitrarias y gratuitas resistencias

que también fui encontrando, aunque no eran suficientes para truncar el camino emprendido.

No dudo en confesar que en algunos momentos (cuyo solo recuerdo todavía me abrumba), cuando estaba “enterrado” entre papeles no siempre fáciles de organizar, me sentía invadido por el desaliento y la sensación de estar perdido, y por la tentación de abandonar todo pensando que no llegaría a ninguna parte. Pero en esas circunstancias fue fundamental el ejemplo de algunas vidas que estuvieron colmadas – como diría Pavel Florensky – de un *contenido sustancial*, y supieron centrarse en la virtud de la paciencia, cualidad propia de las personas que en un detalle – incluso cuando es efímero y fugaz – ya saborean la meta, y saben gustar anticipadamente los signos de esa meta en las pequeñas cosas. Me propuse entonces tratar de aprender mirando.

En estos años pude contar con la colaboración de varias personas, sin la cual estas páginas no hubieran podido ser escritas. Quiero agradecer aquí especialmente a Joan Solés, Paolo Marchini, Giovanni Podera, Andrea Schiavina, Ignazio Macchiarella, Jaume Ayats, Imma Cuscó, Julio Gimeno, Giuliano Balestra, Marco Bazzotti, Piero Bonaguri, la Asociación “Catalans a Roma”, Vincenzo Pocci, Grazia Terzi y Samuel Montanari. También quiero agradecer al Museu de la Música de Barcelona por haber permitido la publicación de muchas imágenes que se encuentran en este libro.

Ahora me alegro de poder presentar el resultado de este trabajo después de tantas horas de viajes y bibliotecas, llamados telefónicos e intercambio de opiniones, montañas de fotocopias y una incalculable cantidad de horas para reconstruir, pieza por pieza, este bellísimo fragmento de historia donde, progresivamente, se fue perfilando cada vez con mayor claridad la importancia de Miguel Llobet para la historia de la guitarra y por lo tanto de la música.

1. LA JUVENTUD



Miguel Llobet en su infancia

1.1 La infancia en Barcelona

A pocos pasos de la iglesia de Sant Just i Pastor, en el corazón de Barcelona, casi oculta en el abigarrado centro de la *ciutat vella*, se encuentra la Capilla de San Cristóbal, una construcción que data de 1503 donde, desde un tiempo inmemorial, se venera la imagen del santo. Junto a ella, restos de la antigua muralla romana proyectan en el tiempo la historia de estas tierras, y una intrincada red de callejuelas descubre al visitante maravillosos rincones inesperados. En una de esas calles, repletas hoy de turistas en busca de las bellezas de Barcelona, había hace muchos años un pequeño taller de escultura religiosa cuyo dueño, artesano reconocido a nivel local, era Casimiro Llobet.

Estar aquí nos permite remontarnos hasta los orígenes de acontecimientos especialmente significativos para la historia de la guitarra y de la música.

Observo la plaza de Sant Just i Pastor donde se levanta la basílica del mismo nombre. En este lugar, un día de octubre de 1878, fue bautizado el pequeño Miguel Llobet. El encargado del archivo no se encuentra en este momento, pero explico mis propósitos y me conceden permiso para buscar el certificado de bautismo en los próximos días. El documento, uno de los miles que custodia este lugar, es sin duda el punto de partida más apropiado para el camino que acabamos de emprender.

Salgo y me sumerjo en las callejuelas del centro. A la derecha comienza la Calle Palma de Sant Just, donde descubro la casa que habitaron Casimiro y su esposa Joaquina desde 1877. La propiedad está ubicada a pocos pasos de la placita y salvo las mesitas de algunos bares se respira una atmósfera que poco se corresponde con una gran ciudad. La infancia del pequeño Miguel debe haber transcurrido en

estas calles, entre el taller del padre y su casa, a la sombra de la imponente basílica y las oscuras callejuelas que la rodean.

Sin embargo, pocos metros más allá se abre la gran Vía Laietana, cuyo bullicio quiebra bruscamente la poesía del *barri gòtic*. Allí vivió Miguel Llobet en su madurez, como si hubiera querido permanecer cerca del barrio de su niñez y abrazarlo con una mirada desde la ventana de su departamento. Una placa en la pared exterior del edificio recuerda a los transeúntes la vida del artista, celebrado en otros tiempos como la gloria de Cataluña. Eran los años que volvía de largas giras a “su” Palau de la Música, siempre lleno de amigos y vecinos que acudían a escucharlo. Tampoco el Palau – espléndido tesoro arquitectónico actualmente protegido por la Unesco – se encuentra demasiado lejos. Muchos recuerdan haber visto a Llobet, en los últimos años de su vida, caminando en compañía de su esposa desde su casa hasta el Palau para asistir a algún concierto, ya como espectador. Entro y me siento en una butaca. Imagino a Llobet en el escenario y permanezco en silencio.

En 1882 comenzó la construcción de la Sagrada Familia, el gran templo expiatorio levantado por el pueblo catalán. Dos años después, Antoni Gaudí asumió la dirección. En esa época el pequeño Miguel corría por las calles dedicado a sus primeros juegos y Francisco Tárrega, que entonces tenía poco más de treinta años, se mudaba a esta ciudad.

Pronto se fue formando en torno a él un círculo de amigos y admiradores, atraídos por su personalidad humilde y fascinante, modesta y generosa, que los reunía en su casa de la Calle Valencia – otra gran arteria de la ciudad – en torno a la guitarra, pasando noches enteras en vela sin que nadie diera señales de despedirse. Ellos veían nacer entre las manos de Tárrega un nuevo instrumento, el mismo que se usaba para acompañar cantos populares pero tratado por el maestro de una forma inédita. Probablemente estaban asistiendo al nacimiento de una nueva estética y un nuevo lenguaje, distinto al que muchos años antes el gran Fer-



La basílica de Sant Just i Pastor

nando Sor – tan admirado por los mismos catalanes – había llevado a París, dándole un nuevo nombre a la guitarra. Ese lenguaje sería observado, heredado y finalmente reelaborado por un muchachito llamado Miguel Llobet que no vivía muy lejos y en aquellos años empezaba a mostrar una clara disposición para el dibujo y el arte.

Sin duda papá Casimiro habrá imaginado que podía seguir sus pasos. Apreciado en toda Barcelona por sus dotes de artesano, «el venerable degà dels dauradors de Barcelona»¹ debe haber llevado muchas veces a su hijo al taller de arte sacro y éste habrá observado, con esa mirada curiosa propia de los niños, el trabajo de su padre. Sin embargo, el futuro había dispuesto otra cosa.

¹ «El ilustre decano de los doradores de Barcelona», «La Veu de Catalunya», 2/2/1925, p. 4.